

blos con su predicacion, los edificaban con su pobreza, los enardecian con sus penitencias, oponiendo á los castillos feudales donde tronaba una aristocracia militar los monasterios franciscanos donde nacia una democracia religiosa. Pues bien, Inocencio IV, no contento con la excomunion, lanzó contra los Suabias su ejército de monjes, para que predicasen una cruzada con el mismo ardor que si fueran impíos mahometanos. Conrado deja á su suegro el duque de Baviera al frente de Alemania; pasa por Verona á Italia; compra á los venecianos varios buques; zarpa desde las playas del Véneto á las playas de la Apulia; recoge el poder guardado con fuerte ánimo para él por su jóven y esclarecido hermano Manfredo; corre en armas contra cuantos le disputaban el poder movidos por las predicaciones religiosas; y triunfa decididamente, mostrando cómo se vinculaba en su persona el valor legendario de toda su familia. El Papa Inocencio IV se aterró tanto de estas victorias que estuvo á punto de transigir con el príncipe. Pero este, si heredó el valor, no heredó el genio de su padre. Fué cruel despues de sus victorias, ensañándose en la inerme y rendida Nápoles; fué ingrato con su hermano Manfredo, devolviendo favores con celos. La desgracia quiso que tres jóvenes príncipes de su dinastía murieran en torno suyo; y la tristeza de los tiempos que se atribuyese por los clérigos muertes naturales á premeditados envenenamientos. Y aun no trascurriera un año de todas estas desgracias, cuando maligna fiebre concluyó con él, no sin que la malicia general achacara impiamente al veneno pontificio este desastroso y prematuro fin de tan fuerte como desgraciado monarca.

Dos causas motivaban la enemiga de los Papas contra los Suabias: una que el reino de las Dos Sicilias les impedía toda extension de sus estados territoriales por la frontera meridional; otra que el Imperio podía pasar de electivo á hereditario en tan gloriosa familia, quitando de esta suerte á los Obispos de Roma la propiedad nominal pero honrosa de la diadema germánica y las facultades para investir á los Césares en la Basílica de San Pedro; testimonios irrefragables de su dominio eminente sobre todos los tronos y todos los reyes católicos. Así es que la ascension de Guillermo de Holanda al trono de Alemania, y sobre todo, su muerte señalan el período álgido de la crisis traída por el combate á muerte entre los herederos de Federico II y

los Obispos Reyes de la teocrática Roma. Lo cierto es que el Imperio quedó vacante y que los magnates electores no sabian realmente á quién designar. Habian desaparecido aquellos grandes emperadores de otros tiempos, Enrique el Pajarero, que restauraba en su persona la augusta majestad de Carlo-Magno; Othon el Grande, que combatía con fortuna igual en Italia y en Alemania; Federico Barbaroja, el emperador de las leyendas épicas, muerto por su derecho y por su fe en las tierras de Siria; el gran reconquistador de Jerusalem, Federico II. Solo quedaba una legion de príncipes niños, habidos en mujeres diversas, algunos de ellos bastardos, todos animosos y valientes como su raza, pero todos perseguidos á muerte por la cólera de los Papas que solo veía en ellos retoños de los excomulgados, apercebidos por la predestinacion divina para las penas eternas del infierno. Así no habia medio de que la corona imperial fuese entregada con meditacion y recibida con dignidad. Los reyes y príncipes querian hechuras propias que les sirviesen y sustentasen; los arzobispos del Rhin, rivales de todas las dignidades civiles y laicas, soñaban con tener un jefe de su oligarquía teocrática que representase y defendiese sus privilegios; el arzobispo de Maguncia estaba cautivo en manos del Duque de Brunswick, enemigos irreconciliables capaces de conmovier todas las tierras germánicas con el estruendo de sus mutuas y envenenadas querellas; luchaban tambien á muerte el prelado de Colonia con el prelado de Tréveris; un caballero feudal, de poca conciencia y mucha fuerza, recogía los votos de los inhabilitados y de los cautivos; la mayor parte de los príncipes alemanes desdeñaban recoger una investidura, que les traía imaginaria autoridad y reales peligros; y el príncipe Enrique de Inglaterra y el rey Alfonso de Castilla que aspiraban á tan alta dignidad, en vez de exponer sus respectivos méritos y hacerlos valer, se presentaban con las manos llenas de oro, cual si pretendiesen, no imperial diadema, sino torpe y lucrativa mercancía. Realmente el Imperio de Alemania, en tiempo de estos pretendientes, se pareció al Imperio de Roma en tiempo de Julio Didiano. Aquel cuerpo de pretorianos, que tenia sus alojamientos militares cerca de los templos y de los palacios cesáreos; aquel cuerpo, cuyos jefes ahogaron al hipocondriaco Tiberio en su lecho bajo las almohadas y pusieron en el trono al loco Calígula y derribaron á Neron y trajeron á Galba para arrastrarle al poco tiempo,

hacedores y destructores de Othon y de Vitelio, despues de haber lanzado el manto imperial sobre los hombros de tantos criminales, no sabiendo qué hacer de él, tendieronlo en los muros de sus cuarteles, y poniéndole vil precio, lo sacaron en almoneda horrible á pública subasta y lo cedieron al primer postor que ofreció bastante dinero para saciar sus torpes apetitos en aquella tremenda corrupcion de toda la tierra gangrenada por los cánceres del corrosivo despotismo. Nuestro buen Alonso X trovaba como el mas inspirado de los poetas y meditaba como el mas profundo de los sabios; al cántico de las inspiraciones artísticas, uníase en él con admirable consorcio el cálculo de las matemáticas sublimes; lo mismo investigaba los tiempos pasados en los jeroglíficos de la historia que leía los secretos científicos en las estrellas del Empíreo; lo mismo traducía los códigos de Justiniano que las fábulas de Bilpay; lo mismo se plañía y lloraba en composiciones elegíacas que se absorbía en tablas astronómicas; lo mismo consultaba á los poetas de las ciudades provenzales que á los cantores de las sinagogas judías y á los últimos representantes de las escuelas árabes; legista, filósofo, literato, poeta, historiador, todo menos político, y por ende, teniendo sobre sí el combate externo con los árabes vencidos por Don Fernando el Santo y el combate interno con las clases señoriales heridas por los primeros esfuerzos del poder monárquico para fundarse con fuerza y definirse con claridad; corrió desalado tras la fantástica imágen de la corona germánica, mas en alas de la fantasía que al impulso de la reflexion y raciocinio. Esto era tanto mas indigno de parte de tan esclarecido príncipe, cuanto que se inauguraba por este medio en Alemania indirecta dominacion extranjera, menos popular cuanto mas abundaran los medios de corrupcion y de cohecho. Lo cierto es que, habiendo ofrecido treinta y dos mil duros á cada príncipe elector, y cuarenta y ocho mil duros al Arzobispo de Colonia su rival, vióse constreñido por la necesidad á ofrecer gruesas sumas y recibir en cambio la humillacion de que le pidieran prendas como si trataran con cualquier insolvente capaz de escandalosa estafa. Mientras el Arzobispo de Colonia enviaba embajadores á Inglaterra, el de Tréveris ocupaba militarmente á Francfort, é impedía la entrada de sus enemigos, y otro prelado proclamaba Emperador al rey de Castilla en tanto que Ricardo llegaba y se ceñía la corona, rodeado de dos Arzobispos,

diez Obispos, treinta príncipes y condes, tres mil caballeros, los cuales juraron obediencia, cuyo juramento contrastó en seguida la protesta de otros príncipes así eclesiásticos como seglares, que hubieran empeñado una guerra de no partirse el inglés á su patria, donde asistió con su hermano el rey á una batalla, cayendo prisionero y trocando así el espléndido trono de Alemania por las paredes de triste y oscuro calabozo.

Los alemanes, que á veces gustaban contar con dos reyes en pugna para no obedecer á ninguno, volvian los ojos á la antigua dinastía de Suabia, tan temida del Papa que tomó bajo su mano el litigio entre los dos competidores, de los cuales murió Ricardo en Inglaterra y no tuvo valor Alfonso de personarse en Alemania, y Alemania cayó en largo interregno, y el interregno demostró la decadencia y hasta la disolucion del Imperio. Los Papas no se cansaban nunca de perseguir los restos de la gran casa, representante del poder temporal en Europa, sin comprender que, al quebrar aquella base de las instituciones, quebraban su propio poderío y disminuían su propia autoridad. Parece imposible que, en reyes electivos como los Papas, se trasmitiese y heredase una pasion como el odio. Muerto Conrado IV, proclamaron las Sicilias á Manfredo su hermano. Esta proclamacion del jefe de los gibelinos del Mediodía coincidió con el exterminio de los gibelinos del Norte. Sus dos jefes murieron, el cruel Ecelino de sus heridas en los campos de batalla; y el blando Alberico arrastrado á la cola de un caballo. El terror se extendió de tal suerte que muchas poblaciones se dementaron, como si en vez de ser una colectividad fueran un solo individuo, sujetas á enfermedades tan individuales, como la demencia. Viéronse pueblos enteros acudir á las tumbas de los mártires gibelinos, despidiendo de su pecho rancos suspiros, y flagelando sus espaldas con disciplinas de hierro. Manfredo, en la flor de su mocedad, en la expansion de sus sentimientos, en la primavera de su inteligencia; heredero del ingenio de su padre; hermoso como una estatua clásica; con la color blanca y sonrosada de los hombres del Norte y los ojos negros y profundos de los hombres del Mediodía; el primero en las batallas y en los torneos y no ciertamente el último en los certámenes y en las justas poéticas; rodeado de héroes y de trovadores; valerosísimo en el combate y generoso en la victoria; representaba indudablemente los últimos resplandores de aquella ilustre raza

de príncipes en el día último de su solemnísimos ocaso. Bien puede decirse que reunía en su persona todo cuanto de caballeresco guardaba la Edad media. Los Papas, sucesores de Inocencio IV, Papas franceses, suscitaronle un enemigo en Francia, el príncipe Cárlos de Anjou. Monstruosamente feo, enemigo de todo arte y de toda ciencia, taciturno hasta parecer mudo, devoto hasta tocar en fanático, duro hasta la crueldad; de alma oscura, de corazón angustiado, de natural melancólico; trémulo ante los sacerdotes, feroz en las batallas, macerado por toda clase de interiores tormentos y por toda clase de externas penitencias; henchido de males que le atormentaban el cuerpo y de remordimientos que le atormentaban el alma; de complexión enferma y de alucinaciones diabólicas; mas que rey tirano; mas que guerrero bandido; mas que almirante pirata, personificación, por lo brutal y por lo feroz, del férreo feudalismo; este demonio de los infiernos güelfos, evocado á los conjuros del Papa, sale de Francia, llega á Sicilia, combate con Manfredo, le vence á pesar de su valor y le mata á pesar de su grandeza, dejándole insepulto y desnudo en el campo. Su vencedor le rehusó lo que no puede rehusarse á ningún cadáver, la tierra; pero los caballeros franceses, conmovidos por su juventud, su hermosura y su desgracia, fueron llevando una á una piedras sobre su cuerpo y elevaron poético monton llamado en el pintoresco lenguaje de los pueblos meridionales colina de las rosas. El vencedor matará con la rapidez del tigre y en la carne muerta se cebará despues con la crueldad de las hienas. La hermosísima princesa helénica, que compartiera el lecho de Manfredo, y alcanzara su amor, murió á las penas del corazón agravadas por las crueldades del tirano. Los tres hijos suyos cayeron en calabozo semejante al dantesco del conde Hugolino. Allí pasaron treinta años aquellos ángeles, como las fieras en sus jaulas, encadenados, desnudos, sin alimentos casi, sin compasión ninguna. Solo quedaba un vástago de tan gloriosa dinastía, el hijo de Conrado, el jóven Coradino. Aquel Guillermo de Holanda, que antes de Alonso de Castilla y Ricardo de Inglaterra, tuviera la corona de los Suabias por voluntad del Papa, vivió en la desgracia y acabó en la desesperación. La noche de su boda, ardió la cámara imperial; un día, que se presentó en Colonia, le quemó el obispo su régio palacio; en Utrech le robaron la mujer y le rompieron la cabeza á pedradas; y en Holanda le

persiguieron sus propios campesinos hasta hundirle con su caballo en un lago helado y machacarlo á martillazos. Ni este pobre príncipe, ni el bravo Ricardo de Inglaterra, ni el sabio Alonso de Castilla pudieron cosa alguna para salvar el Imperio; solo quedaba representando la autoridad y la tradición el jóven Coradino. Hijo de Conrado IV, nieto de Federico II, apuesto como todos los príncipes de su familia, heróico hasta la temeridad, poeta de verdadera inspiración, educado á orillas del lago de Constanza en la contemplación de la naturaleza y con la amistad de su compañero Federico de Austria, tan poeta y tan valeroso como él, reunía todas las condiciones de complexión, de temperamento, de ingenio y de naturaleza, necesarias para su vasta herencia y su elevadísima representación. Su tío, el duque güelfo de Baviera, lo educara lejos del mundo, y ya educado lo tuviera allí, cual un cazador pudiera tener diestro y ágil sabueso, para lanzarlo sobre los dominios gibelinos, y una vez anegados estos en la guerra, sacar la parte que mas pudiera satisfacer sus inquietos deseos y colmar sus desapoderadas ambiciones. Para comprender el bárbaro natural de este duque de Baviera no hay sino recordar que, habiendo encontrado inocente carta en manos de su mujer, apuñaló á dos de sus damas de honor, y á ella misma la decapitó públicamente. Sus cabellos se volvieron blancos el día terrible que llegó á cerciorarse de su engaño, y á comprender por los avisos del remordimiento lo espeso de su ceguera y la extensión de su maldad. El interés, no el amor, le guió pues en la empresa de su sobrino, y tanto que, á cambio de las armas y de las gentes en armas prestadas, se alzó con todas las rentas de los gibelinos dominios. Coradino, alentado por el clamor de la Italia imperial, corrió de Baviera á Verona, de Verona á Roma donde el pueblo romano le decretó la corona imperial, y de Roma á los campos de batalla del Mediodía en que encontró inesperada rota. No le valió ni su destreza en el cabalgar, ni la agilidad de su cabalgadura en la rápida carrera tomada despues de la sangrienta y heróica porfía de la batalla. Un traidor lo entregó á su enemigo el implacable Cárlos de Anjou, que lo aprisiona, lo juzga y lo condena. Jugando estaba á los dados en su prision al comunicarle la sentencia de muerte y ni siquiera interrumpió la partida despues de haberla oido. Y en efecto, subió al cadalso, rodeado de la última flor que del caballeresco partido gibelino quedaba ya en el árbol de la vida. Cuan-